

PABLO CARBONELL

EL NOMBRE DE LOS
TONTOS ESTÁ ESCRITO
EN TODAS PARTES



Una delirante sátira sobre el mundo del espectáculo. ¿Qué habrá hecho esta estrella del mundo del espectáculo para acabar en el corredor de la muerte? En un desfile de personajes tan reales que superan la ficción, *El nombre de los tontos está escrito en todas partes* es la historia de la conquista accidentada del estrellato de un buscavidas de clase obrera que nada tiene que perder, ni siquiera su buen nombre. Tras haber sobrevivido a las presiones de una «mamánager» que lo llevan a lo más alto con un grupo musical infantil, como todo buen artista, el protagonista decide dejar la banda para centrarse en su carrera en solitario. En ese mundo de adultos, le espera lo conocido y por conocer: amor, desamor, descenso a los infiernos, mujeres en bares de copas, traiciones de amigos de toda la vida, parientes invasivos y puñaladas en la espalda de compañeros de profesión... En fin, una montaña rusa de sentimientos y eventos que lo llevarán a la situación en la que nos lo encontramos en el inicio de la novela, es decir, más concretamente, a la cárcel. ¿Es este un retrato fidedigno de los bastidores del mundo de la fama? Que cada cual saque sus conclusiones... Brutal en el sentido amplio, sarcástica a más no poder, romántica por momentos, desternillante, demoledora e incluso edificante, *El nombre de los tontos está escrito en todas partes* es todo esto y más. Con ella, Pablo Carbonell se consolida como uno de los narradores más audaces y divertidos del panorama literario español.

De virtuosos está el metro lleno.

EUGENIO ÁLVAREZ

Tanto vale el hombre cuanto vale su nombre.

PROVERBIO LITERARIO

... perdió algo de fama, pero no le va mal.

CHARLY GARCÍA

Unos son libres y otros no.

JESÚS ORDOVÁS

Pero dejadme que yo prefiera la hoguera.

JAVIER KRAHE

Siempre pagan justos por pecadores.

DIOS

Quiero agradecer a don Augusto Dechent, alcaide de esta prisión, el permiso para meter en mi celda un bolígrafo a pesar de lo peligroso que puede llegar a ser este artefacto.

A mi familia, lo único que me queda.

A mi público, si es que me queda alguno.

1

Cuando era niño le pregunté a uno de los curas que se encargaban de nuestra formación qué hacía falta para ser cura. Me respondió que recibir la llamada. Yo me quedé maravillado ante esta revelación y dediqué muchas tardes a mirar al cielo esperando ver escrito en las nubes métete a cura, ven a Mí. Pero no, lo único que oí fue la radio de un kiosco cercano, ahí escuché por primera vez la música ye-yé y sentí la llamada.

Como un insecto nocturno revoloteé alrededor de una luz que solo yo veía. La agitación de mis alas cada vez era más errática, mi anhelo cada vez más fuerte y mi desesperación más patente, y seguí volando alrededor de aquella intensidad cegadora, de aquel pozo que me atraía hacia su corazón negro, hasta que me precipité en él. El golpe todavía no lo he terminado de asimilar, y mira que en esta celda tengo tiempo libre. Convoco a mi alrededor todas mis personalidades y desdoblado en varios contertulios analizamos los perfiles de semejante caída en este hoyo. Lo primero que descartamos es la mala suerte.

–Toma, hijo mío, hínchate, no dejes de probar ningún bocado, deja que vuelque sobre ti la lluvia de mi ambrosía, que no quede sorbo de vino que no se escancie en tu copa ni paisaje que no hoye tu pie perfumado. Mira cómo me abro a ti como una flor entregada, como una cerda despatarrada en el tálamo de tus anhelos. Brinca hedonista por los vericuetos de tu deseo. Disfruta de esta noche de fiesta en los campos de golf de Venus.

Así me dijo la vida que sería mi suerte, y no me mintió. La vida me unció una corona de laurel heroico en la cabe-

za que, como todas las cosas del universo, tenía su reverso, escondía las púas afiladas de la tragedia. Podía haberlas dejado ahí, ignorarlas, apenas las notaba, pero me empeñé en buscármelas, clavármelas y hacerme sangre, rascando y hurgando en donde podía hacerme daño, en las sienas, en la frente, en el alma.

* * *

Ahora, con la mirada puesta en el final del pasillo, en la luz catatónica que emite la sala de ejecuciones, me veo en la obligación de intentar entender por qué todo se me escapó de las manos en un destello, como una gelatina nerviosa, como alevines sorprendidos en la noche. ¿Ya acabó la fiesta? ¿Ya me apagan las luces?

¿Por qué tan pronto?

¿Premeditación? La palabra suena igual que el cerrojo que le pegan a la puerta de este zoo para humanos. ¿Premeditación? Igual fue premeditación porque, quién sabe, quizá yo juego con el antojo más que el antojo conmigo, o tal vez estoy más loco de lo que creo, que ya es bastante.

La patente de loco me ha abierto muchas puertas y me ha cerrado otras, sin ir más lejos la puerta de esta mazmorra de la que saldré con los pies por delante. Tampoco es tan grave, todos tenemos en el cerebro mazmorras mucho más oscuras que las que diseñan con notable regusto los verdugos del alba.

Lo que es indudable es que he tenido un exceso de puntería abismal. He tenido la excelente puntería de cometer mi crimen, horripilante según la prensa, en el único lugar del mundo en el que este tipo de borrones se pagan con la vida.

¿Cuál es este país? No pienso decirlo, no hay nada que me ponga más triste que esos arrebañados que defienden las virtudes de su nacionalidad como parte esencial de su

condición. Mi vida fue una utopía vivida en una distopía, y si no me extendo en estos colaterales es porque la verdad se resiente con lo superfluo.

* * *

En mi cerebro guardo de todo, y lo más apreciado que poseo es un cofrecito de nácar repujado en oro en el que intento atesorar una tirita, una tirita que es la creencia de que con mi vida voy a poder devolver la que robé.

Al mal tiempo buena cara (dice el refrán), pero lo cierto es que en estas circunstancias poner cara de yo pasaba por ahí y, uy, se ha roto el plato solo, me reconforta. El aspecto inocente que me valió mi ascenso social me funciona para sentirme inocente en el inframundo que habito. Se empieza poniendo cara de bueno y se acaba engañando al corazón. Todo se pega menos la belleza (cuidado, otro refrán), pero el semblante no me exime de mi culpabilidad, ni siquiera haber sido yo mismo el que abrió una vía de agua en su barco pirata para mandarlo a pique, ser yo el que se tiró el contenido de una cantera de alabastro sobre su propio tejado.

Buena cara siempre. Obligatoria. Pero dentro de mí, lejos de mis circunstancias, donde solo estamos mi ser y yo, en la intimidad reclinada, en mi noche oscura, sé que soy culpable.

* * *

Culpable. Cuando oí esa palabra sentí un escalofrío violento. Como si de repente la realidad me lanzase un iceberg directo a la frente. Miré a mi abogado y este cabeceó inerte, como si él fuese la víctima, el pelele apaleado en un carnaval sangriento. Me acerqué a su oído, pensé en darle un mordisco y arrancarle la oreja, él también lo pensó, le escuché un chasquido en el cuello, y susurré no fin-

jas dolor cuando sabes que te has llevado mis ahorros prometiéndome limpiar mi nombre.

Soy culpable. Todos lo somos, todos tenemos asignado un trozo de pastel en este reparto ignominioso. Nacemos pringados de culpa y vamos pringándonos paulatinamente desde el momento en que aterrizamos en este jardín salvaje. Arrastramos el Pecado Original como los espectros intranquilos su condena. Se cumple aquí la sentencia elemental que nos marca desde que abrimos los ojos. Culpables de nacer, de caminar, de meter la pata, de fingir, de mentirnos, de vivir, de matar y de dejarnos arrastrar por los latidos de nuestro ego, un ego intransferible que llevamos pegado al culo como una maldición bíblica.

Culpable. Tras la retahíla de acusaciones contra mí se declara al acusado culpable. Culpable y mazazo en la mesa. Hubo un rugido de gozo en la sala cuando cayó el martillo. Un rugido brotado de las fauces de una manada de leones, que sigue rugiendo emboscada en los frágiles márgenes de mi sueño.

* * *

La silla de las chiribitas me resulta atractiva, no diré que apetecible hasta el acoplamiento, pero sí tentadora. En estos momentos en los que uno va asomándose al umbral de la senectud, puedo considerar el calambrazo como una salida de escena muy digna. Me voy a ahorrar las artrosis y rechines que asoman por las juntas de mis huesos, la gaita insoportable de los pulmones y los vaivenes erráticos de esta cabeza mía que no me ha dado vacaciones ni un minuto.

Muchas gracias, Estado benefactor. No saben la alegría que me da que me ahorren la alimentación por la nariz y los pañales. Me echan el cierre al colmado en el momento exacto. Final feliz. Telón final. Perfecto. Sé que no es así, pero ni que lo hubieran premeditado en un acto de bon-

dad. Yo he sido muy bueno pero muy poco de premeditar, impulsado siempre por un resorte eléctrico que poco tiempo les daba a mis músculos para pensar, aunque no estoy tan seguro... ¿Sí?

¿Siempre fui tan impulsivo? ¿Soy un rehén de mis estímulos eléctricos? ¿Sí? ¿No?

Y si no... ¿quién pilotaba en vuelo rasante mi cabeza en ese destello?

Echemos un vistazo atrás.

2

Un hombre fuerte con una raqueta en la mano, un superhéroe de corte mitológico sosteniendo un martillo de luces que domina al trueno. Un sombrero de lona blanca cubre su alta cabeza y la protege del sol sureño. Es mi padre, un tenista dominical en el reducido y apolillado círculo de un club de tenis calcinante. A su lado hay una mujer que sostiene un paraguas automático con expresión de asombro. Lo abre y lo cierra como si realizara un truco de magia. Es mi madre, una mujer con el don de la intermitencia. Apocada o eufórica, ventisca o calma según el aire que le daba, o la cantidad de ginebra que le ponía a su vermut.

Juntos hacen una pareja anacrónica, él vive en las ensañaciones caballerescas de una película medieval y ella en el realismo italiano de mediados del siglo XX. Él es el viento que pasa los domingos y ella la sal de la tierra. Soy hijo único y siempre he arrastrado la sensación de ser un error de cálculo y compás en la última fila de un cine de verano.

* * *

Todos los domingos acompaño a mis padres al club de tenis. Él juega partidos interminables sobre tierra batida y ella desafía la insolación a base de bebidas con aceitunas sumergidas. Yo, acabada mi clase con el recogepelotas, deambulo por las sombras del club. Observo las flores de las buganvillas desparramadas como quien observa el espectro de un ejército de flores sin gloria. Hay insectos, díp-

teros, coleópteros, lepidópteros, diría incluso que la tarde zumba. Me aburro.

El sol abomba la pista de bolos que conduce a un mastodonte de hormigón, un ser ciclópeo que desafía al viento, la lluvia y al paso del tiempo. Oculto bajo una marquesina de penumbra y enredadera, un escenario de obra duerme su sueño de gloria. Por una escalera lateral enmarañada de zarzas se sube a él y se sale a escena. Sobre el cemento humillado se adivina el desbaste de algún cuarteto musical emperrado en dotar de picardía unos boleros de escayola. Abajo, enfrente, se intuyen entre fulgores los vaivenes de una bullanguera audiencia fantasma. Siento el temblor como si fuera hoy. Asomarse al mundo desde allí era estar en la Luna y ver la Tierra como una pelota de tenis.

Un, dos, tres, cha, cha, chá.

Tengo la raqueta en la mano. Las cerdas son de tripa de no sé qué bicho tensadas.

¿Serán de gato? El uso del nailon no se ha popularizado aún. Serán de gato. Rasco las cerdas, suena pop, pop, pop, pop, las apoyo en mi barriga, sostengo el mástil de la raqueta como si fuera una guitarra, rasqueo, suena un acorde, un refusol, levanto el índice derecho, señalo al cielo, siento que Dios acerca la punta de su dedo al mío, pongo otro acorde, un furrimiél, y empiezo a cantar: guaching fangurcheinch chergbangmasai... Los violines se ponen en marcha a una indicación mía. Yini yini, yini niní... El trío de coristas adelantan sus voces al abismo del prosenio. La lalalaá. Y un redoble de la batería me indica que entramos en la fase apocalipsis mundial de la canción. Cambio de acorde, farrulá, subida de tono y al éxtasis de cabeza: tggotobeibi chuloviu. Las chicas espectrales se llevan los puños crispados a la garganta, se miran entre ellas con las órbitas encendidas y rumian su rendición, saltitos histéricos, un policía grita, una ambulancia, otro desmayo, un sacerdote, sáquenme el demonio de dentro,

yo quiero la extremaunción. Los hombres, el orgullo en las suelas, rodilla en tierra, brazos en alto, reconocen al macho alfa, al gorila culo prieto de espalda plateada. ¡Gronsgronfgggforllúloyeeeh!

Soy la voz que dice lo que sus corazones no saben decir, el tendadero donde dejar colgadas sus miserias vitales, el flujo empapador que su funcional vida les niega, su nirvana dorado, la paloma fluorescente que esperaban para que brille sobre sus cabezas, beybigúantufrituyuyeah... Grito al cosmos y el cosmos se comba.

* * *

Me he dejado la garganta cantando en mi ensoñación infantil. Mi madre dirá que he cogido frío, que mi padre es un desastre, que está a su bola y a su raqueta y que no me abriga. Pero yo sé que no, que me he desollado la garganta víctima de la emoción y la entrega. Tendré fiebre, y ya la tengo, y pegaré un estirón y tocaré las nubes, y ya estoy allí. Tiritando en mi cama, tiemblo y ardo, nunca me he sentido mejor.

Volveré el próximo domingo a subirme a ese escenario para sacar de la tristeza y el abandono a la apisonadora, a los rastrillos, al corrillo boquiabierto de las canastas de baloncesto, a las enrolladas congregaciones de redes de tenis.

Nadie lo sabe, nadie me escucha, pero yo tengo el cerebro lleno de aplausos, ovaciones delirantes y ensoñaciones que son más reales que la vida. Solo yo disfruto de esa fama, pero eso es secundario. Es tan placentera mi sensación de dominio sobre el orden celeste que, paso a paso, como un dios en vacaciones, voy despegándome de la Tierra, soltando el lastre de la normalidad para elevarme en mi globo, nunca mejor dicho.

—El domingo pasado, querido público al que tanto debo, les entusiasmé con un bonito popurrí de Los Wuenechenfreshen. Como sé que el chapurreo del inglés no está al alcance de cualquiera, hoy, otro domingo más, me dispongo a dar mi salto al repertorio de Jorge Cafrune, espero que lo disfruten... Güan, tu, zri... Zamba de mi esperanza, amanecida como un querer, sueño, sueño del alma...

* * *

El lunes, de vuelta al cole, mis compañeros de clase me miran como si acabara de descender de una nave espacial, y es verdad, lo siento, lo siento así, soy un ser caído del cielo.

No lo digo yo, incluso no es ni mi deseo, es parte de la fantasía. Sin la condición marciana el castillo de naipes se derrumba. Comportarme como un ser de luz es la esencia de la función. Sin esa actitud sustraída de los dioses de la eternidad, sin ese combustible egomaniáco de alto octanaje, no podría irrumpir en las divagaciones de mi audiencia, no lograría que tus ojos generosos se posasen en mí, no podría salvar los seis peldaños que me suben al escenario.

—Escúchame. —Me había dicho mi madre picoteando un pepinillo—. ¿Cómo podrías elevar tu preciosa voz sobre el murmullo de la gente si no pensases que lo que sale de tu boca es más elocuente que el silencio? Si no te convences de que tus polladas son más importantes que las de los que te escuchan. Si no te crees eso tú, nadie se lo creará.

—...

—Y si tú no te quieres nadie te va a querer, tienes que adorarte para que te adoren, tienes que amarte para que te amen. Cuando bajes del escenario más te vale que te olvides de eso, pero mientras estés arriba no puedes dejar de brillar.

–Sí, mamá.

–El respetable ha decidido que tú seas un dios y no les puedes llevar la contraria; a él te debes, no les puedes defraudar, ni a mí tampoco, que me estoy dejando la piel para que tengas un futuro. ¿Estamos?

–Sí, mamá.

–Y recuerda, en esta vida si subes un escalón hay que bajar dos en humildad. Si el público, y solo él, ha decidido que debes brillar como un astro en el vertedero de su vida, tú tienes que estarles agradecido, nada de desprecios, hay que dar las gracias dos veces, cien veces, mil veces.

–Sí, mamá, sí.

–Y no te dejes caer en el cinismo. El cinismo es veneno.

–Sí, mamá.

–Y te prohíbo que me digas «sí mamá» a todo lo que te diga, que ya sé yo que en cuanto me dé la vuelta harás lo que te dé la gana.

–Sí, mamá.

3

No sé si esto es motivo de risa o entra dentro de lo patológico o incluso psiquiátrico, pero si hoy alguien me preguntase qué fue lo que me hizo ser lo que fui, en vez de responder lo que siempre respondí: todo se lo debo a mi madre y al público al que todo debo y que me acepta como soy, diría que llegué hasta la cima del mundo del entretenimiento porque me pasé mi infancia tocando la raqueta de tenis, soñando y haciendo soñar con mis canciones a una apisonadora manual de tierra batida, que la vi bailar, y la vi llorar y la consolé, e hicimos el amor. Seguramente me tomarán por loco, pero esa es la verdad.

* * *

Un día de plomo, aprovechando el *impasse* de un chaparrón furtivo, hice una actuación en la terraza del club de tenis para los amigotes de mis padres, una de las ideas felices de mi madre.

¡Que cante mi niño!

Todos se habían dispuesto frente a la barra y miraban hacia mí con un interés tan condescendiente que rozaba lo ofensivo. Sentí que flotaba en el ambiente un choteo soterrado, una tendencia a la benevolencia, un vamos a acompañar los calamares escuchando gratis a este microbio.

Mi madre me pidió que interpretase la canción principal de uno de los sencillos que teníamos en casa: «Angelitos negros», tema que encumbró la nasalidad vocal del atractivo mulato Antonio Machín y creó el mito de que sus maracas quitaban el hambre.